

Foro Mundial sobre la Reforma Agraria

“Ocupar, resistir, producir”

Adriana López Monjardin



En las movilizaciones públicas, globales e internacionales de los campesinos, la cuestión del comercio había estado en el centro de la agenda. El neoliberalismo arruina a los pequeños agricultores familiares al dismantlar todos los programas e instituciones destinados a impulsar el cultivo de alimentos en los países pobres, y al imponer las importaciones de los que se producen en los países ricos con enormes subsidios gubernamentales. Pero los problemas y las luchas de los campesinos no se reducen a las injustas reglas del juego del comercio internacional. Por el contrario: uno de los espacios más conflictivos y que ha dado origen a muchos de los movimientos más amplios y persistentes es el que surge de la distribución y la propiedad de las tierras, los territorios y los recursos naturales. Las luchas por la tierra y en contra de la privatización y el despojo están en el centro del levantamiento del Ejército Zapatista de Liberación Nacional; en la razón de ser del Movimiento de los Sin Tierra en Brasil; en las masivas movilizaciones contra la destrucción de las parcelas de cultivo y de las aldeas de los campesinos de la India, arrasadas por la construcción de grandes presas. Está también en la resistencia del pueblo palestino al Estado de Israel, que les ha confiscado cerca del 70

REBELDÍA

por ciento de sus tierras. En los países ricos, el crecimiento de las ciudades, las industrias, los puertos, las “casas de campo” o los campos de golf, desgajan territorios y degradan las huertas familiares, para utilizar su deterioro como un argumento que abre las puertas a la especulación. Esta es la historia de los hortelanos de Valencia, que enfrentan tanto al gobierno local como al Estado Español.

También en México, siguiendo las consignas salinistas y neoliberales, los gobiernos, toda la clase política y la mayoría de los investigadores y de los líderes de las organizaciones campesinas gremiales han dicho que la lucha por la tierra “quedó atrás”. Y, sin embargo, todos ellos van a contracorriente de muchas de las movilizaciones más intensas, frecuentes y continuas que emprenden los campesinos desde abajo: en Chiapas, contra las fincas; en Tepoztlán contra un club de golf y en Atenco contra un aeropuerto; los huicholes, los tepehuanos y los “chimas” (en los Chimalapas) contra la invasión de sus territorios; las mujeres mazahuas contra la destrucción de sus formas de vida; los ejidatarios de la Comarca Lagunera, contra la privatización del agua; los campesinos guerrerenses de La Parota, contra la construcción de una presa que pretende borrarlos del mapa. En México, no es novedad que los gobiernos levanten “banderas blancas” y digan que están apagando los “focos rojos” de los conflictos agrarios. Tampoco es novedad que, en realidad, sigan encendiendo hogueras.

En este escenario, resulta significativo el Foro Mundial sobre la Reforma Agraria realizado en Valencia del 5 al 8 de enero de 2005, bajo el lema “*Por un mundo sin hambre: otra agricultura. ¡Reforma agraria, ya!*”. El debate giró en torno a las luchas por las tierras, los territorios y los recursos naturales, que resaltan como un hilo conductor de lo que, en

el siglo XXI, se puede llamar “reforma agraria”. Vale la pena recuperar en estas páginas una breve crónica del Foro, basada en los textos publicados en su página electrónica: (<http://www.fmra.org>).

Dos modelos de agricultura confrontados

El Foro sobre la Reforma Agraria se realizó en el marco del Foro Social Mundial, a realizarse en Porto Alegre, Brasil. Sus objetivos principales fueron: “1) Ayudar a situar la cuestión de la tierra en la agenda prioritaria de los movimientos sociales mundiales. 2) Contribuir a elaborar un nuevo paradigma para la Reforma Agraria del siglo XXI. 3) Reforzar los procesos sociales y de alianzas de sectores diversos que buscan hacer posibles nuevas políticas de acceso a la tierra y de gestión de

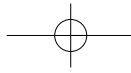
los recursos naturales”.

Los participantes en el Foro se definieron como “nosotros, representantes de más de 200 organizaciones de campesinos, trabajadores, mujeres, pueblos indígenas, organizaciones para los derechos humanos, organizaciones no gubernamentales, instituciones académicas e instituciones públicas, de 70 países y cinco continentes”. Entre los más de 550 delegados, resalta la relativa paridad de género, ya que el 44 por ciento fueron mujeres. Estuvieron representadas 54 organizaciones campesinas, entre las que destacó Vía Campesina, con más de 120 delegados. También asistieron especialistas de 33 instituciones académi-

cas y de investigación; de 55 organizaciones no gubernamentales; y enviados de algunos gobiernos. En términos de distribución geográfica, las representaciones más numerosas fueron la de América Latina (con 41 por ciento del total) y la de Europa (con 36.5 por ciento). Las delegaciones de Asia y África contribuyeron, respectivamente, con poco más del 10 por ciento de los asistentes.

A través de conferencias y talleres, en el Foro se presentaron diagnósticos globales, regionales y nacionales, y se





generó un amplio debate que permitió explorar “las relaciones existentes entre la cuestión de la tierra, la soberanía alimentaria, el desarrollo sostenible y los equilibrios ecológicos”. Al finalizar el evento, los participantes decidieron dar a conocer un “documento de trabajo” y no una “declaración final”, con la intención de mantener abierto el debate. El documento se titula “La Reforma Agraria y los Recursos Naturales. Una Exigencia de los Pueblos”.

El texto señala que “hoy, personas de todo el mundo se encuentran confrontadas con dos modelos de agricultura, desarrollo rural y producción de alimentos. El dominante es el modelo agroexportador, basado en la lógica neoliberal y el libre comercio, la privatización y la transformación de la tierra, el agua, los bosques, la pesca, las semillas, el conocimiento, y la vida. Se guía por el objetivo de beneficios corporativos y la intensificación de la producción para la exportación, y es responsable de la creciente concentración de tierras, recursos, y cadenas de producción y distribución de alimentos y otros productos agrícolas en manos de un número reducido de corporaciones. El precio de los alimentos y otros productos agrícolas decrece constantemente por el *dumping* y otros factores; asimismo, disminuyen los ingresos de campesinos y trabajadores. Los precios para el consumidor, sin embargo, continúan incrementándose. Este modelo es químico-intensivo y está causando daños incalculables al medio ambiente y a la salud tanto de productores como de trabajadores y de consumidores.

“El modelo basado en la agricultura campesina y familiar, y en la soberanía alimentaria, por contrario, prioriza la producción local para los mercados locales y nacionales, rechaza el *dumping*, y utiliza prácticas de producción basadas en el conocimiento local. La experiencia muestra que este modelo es potencialmente más productivo por unidad de superficie, más compatible con el medioambiente y mucho más capaz de proporcionar una vida digna a las familias rurales, al mismo tiempo que les proporciona a los consumidores rurales y urbanos alimentos sanos, asequibles y producidos localmente. Sin embargo, el modelo dominante neoliberal agroexportador está empujando la agricultura familiar y campesina hacia la extinción”.

Este modelo está provocando la expulsión violenta de los campesinos de sus tierras, y lleva a la exclusión social y a nuevas formas de discriminación por motivos de raza, religión, cultura, género y clase. “La expropiación de la tierra y de los recursos naturales de las poblaciones locales, y la acumulación y concentración de la riqueza en las manos de elites tradicionales y modernas ha sido un proceso violento. Las comunidades rurales, especialmente pueblos indígenas y grupos socialmente excluidos continúan estando sometidos a formas extremas de violencia física y económica por parte de actores estatales y no

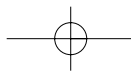
AGRESA

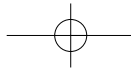
estatales como las corporaciones privadas y las elites terratenientes. Esta violencia ha aumentado hasta alcanzar niveles alarmantes que pasan por la persecución política, represión, encarcelación, asesinatos, masacres e incluso genocidios en el caso de algunos pueblos indígenas”.

El pronunciamiento exige que la Organización Mundial del Comercio (OMC) salga del sector de la alimentación y la agricultura. Si sólo el 10 por ciento de la producción agrícola va destinada al mercado mundial, frente al 90 por ciento que se distribuye en mercados nacionales y locales, ¿cómo se justifica entonces, que sea la OMC quien determine las políticas agrícolas de los gobiernos de cada país, cuando sus intereses nos son representativos? preguntó José Bové, campesino francés y luchador contra la globalización neoliberal.

¿La ONU contra la OMC?

Por su propia composición, en el Foro se expresó cierta ambigüedad entre los llamados a los pueblos y a las organizaciones campesinas a fortalecer sus movimientos, tanto en términos de diagnósticos y programas, como de acciones y nuevas formas de coordinación, por un lado; y los llamados a los gobiernos y a los organismos internacionales no sólo a atender, sino a *guiar* la reforma agraria. En un párrafo del documento suscrito por los participantes en el Foro se establece, por ejemplo, que: “Una reforma agraria de redistribución guiada por el Estado representa una clave esencial para el modelo de la soberanía alimentaria para los pueblos y debe dotarse de un papel primordial en la agenda de desarrollo por parte de los gobiernos y de la sociedad”. Estas líneas contrastan con el punto 7 del mismo llamamiento, donde los firmantes se pronuncian por: “¡Defender activamente los procesos persistentes de reforma agraria efectiva, incluidos los asentamientos creados en todo el mundo





REBELDÍA

mediante la ocupación de la tierra y otras formas de desobediencia civil activa que defienden mantener los recursos naturales en manos de los pueblos!”.

Los desencuentros están latentes. Una delegación de Vía Campesina se reunió con el Ministro de Desarrollo Agrario de Brasil, Miguel Rosseto, presente en el Foro, con el objetivo de plantearle algunas preocupaciones sobre el incumplimiento de las metas de la reforma agraria en Brasil, el asunto de los transgénicos, la violencia contra los campesinos y la posición de Brasil con relación a los tratados de libre comercio y la OMC. El hondureño Rafael Alegría, dirigente de Vía Campesina, informó con cautela acerca de los resultados de dicho encuentro: “según el ministro las expectativas para el 2005 serán mejores, nosotros estamos muy atentos de lo que pasa en Brasil y esperamos que este país avance en la Reforma Agraria porque todos tenemos los ojos puestos en Brasil, y lo que ocurre en este país impacta y redundo en el resto de América Latina y el mundo”.

Por otra parte, mientras las organizaciones campesinas plantearon la urgente necesidad de “*ocupar, resistir, producir*”, otros de los participantes hablaron con optimismo de “un importante consenso internacional sobre cómo reducir la pobreza del mundo que comparten tanto las organizaciones del sistema de Naciones Unidas, como un número creciente de países y organizaciones de la sociedad civil, del Norte y del Sur”, y que se expresa en la “Alianza Internacional contra el Hambre”, que promueve “una nueva vía de cooperación y acción para reducir la principal arma de destrucción masiva del mundo, el hambre y la pobreza”, según planteó Pep Pérez, coordinador de la Secretaría Técnica del Foro Mundial sobre la Reforma Agraria.

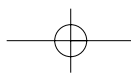
Para el nicaragüense Eduardo José Vallecillo, integrante de la Asociación de Trabajadores del Campo de Nicaragua,

“no es justo, no es lógico que se lleve comida como asistencia a quien la produce o quien la debería estar produciendo si cada gobierno le diera el apoyo que se merece”. El nicaragüense denunció la complicidad de organismos asistenciales, “que tratan de mitigar el problema del hambre que se genera al convertir a miles de campesinos pequeños productores en proletarios agrícolas que van a laborar en sus antiguas tierras, pero que ahora son propiedad de nuevos terratenientes muchos de ellos ligados al capital extranjero. Mucha de esta ayuda alimentaria es comprada o donada por los países ricos de los excedentes de sus productores, a quienes además de comprar el excedente les otorgan estímulos (subsidios) por exportar ese excedente como ayuda alimentaria a los países pobres, y muchas veces conteniendo productos transgénicos”.

Vallecillo relató la “lucha despiadada contra la Reforma Agraria” en Nicaragua, que “avanza vorazmente quitando las tierras masivamente a los que un día fueron beneficiados por uno de los procesos de entrega de tierras a campesinos pobres más significativas de la historia moderna en nuestro continente”. En los años ochentas, más de 120 mil familias recibieron tierras; sin embargo, ahora están en marcha nuevos mecanismos de despojo. Los llamados “bancos de tierras” permiten a los grandes latifundistas vender sus peores tierras a precios altos y comprar a precios bajos las tierras del campesino pobre.

A juzgar por las palabras del dirigente campesino nicaragüense, si es cierto que hay algún consenso entre los gobiernos, éste sólo va en contra de los campesinos: “Lamentablemente, el Gobierno Nacional y demás poderes del Estado se disponen a cumplir de la mejor manera (buscando buenas calificaciones al servilismo) las políticas económicas y comerciales dictadas por los organismos multilaterales. Siendo los principales cómplices de convertir a los pobres en más pobres, beneficiando fundamentalmente al gran capital extranjero, firmando y aprobando todos y cada uno de los acuerdos que los organismos multilaterales definen que deben ser firmados. De ahí que sean ellos los que definen cuál debe ser la agenda que le interesa a la nación impulsar. Por lo tanto, el tema de la Reforma Agraria Integral les eriza la piel y prefieren decir que no es un tema de agenda.

“Toda esta actitud política del Gobierno y de los demás poderes del Estado, a quienes lamentablemente pagamos su salario, contribuyen a aumentar la crisis en el sector campesino nicaragüense, propiciando que muchos capitalistas extranjeros compren a precios irrisorios las mejores tierras que en manos de campesinos pobres se ven obligados a venderlas. No obstante la complicidad del gobierno en no facilitar títulos, financiamiento, asistencia técnica al campesino, facilita que los capitalistas extranjeros se apropien de estas tierras bajo la excusa de ser inversionistas que traen dinero y por consiguiente



empleo al campesino que se muere de hambre, siendo esto un logro importante en su gestión gubernamental”.

Los participantes en el Foro coinciden en identificar como los “villanos preferidos” a la Organización Mundial de Comercio, al Banco Mundial y al Fondo Monetario Internacional. Sin embargo, algunos de ellos parecen encontrar una diferencia relevante entre estos organismos y las instituciones que representan a los gobiernos de todo el mundo, como la Organización de las Naciones Unidas (ONU) y el organismo



dependiente de la ONU especializado en las cuestiones de agricultura y alimentación, la FAO. Y sin embargo, más allá de las declaraciones o recomendaciones firmadas e incumplidas por los gobiernos nacionales; más allá de las crecientes dificultades de la ONU para lidiar con un mundo dominado por una única potencia militar, no quedan muy claros los argumentos que permitirían suponer que desde la ONU se podría construir un contrapoder, capaz de frenar o de modular los efectos devastadores del neoliberalismo.

La tierra no es una mercadería cualquiera

El primer punto del llamamiento emitido por el Foro Mundial sobre la Reforma Agraria “a nuestras organizaciones, nuestras alianzas y nuestra sociedad” demanda “reconocer la tierra como un recurso común de las personas”. Vía Campesina promovió un pronunciamiento contra la violencia y la criminalización de las protestas campesinas, que se han extendido sobre todo en Asia y América Latina. En el otro extremo de la violencia, en el terreno simbólico, denunciaron que se pretende desterrar a los campesinos hasta del lenguaje, sustituyendo esa palabra, *campesinos* por la de *productores*. Las organizaciones internacionales se niegan a hablar de economía campesina, porque implicaría reconocer a un sujeto de derechos.

Para el dirigente vasco, Paúl Nicholson, la tierra es mucho más que un factor de producción, es un bien social que se debe preservar para las futuras generaciones. “La tierra es nuestra identidad como pueblo. Nuestra cultura campesina se basa en un concepto de una economía más autónoma, que depende de los recursos naturales y no de la exportación, que mira la necesidad de la sociedad y no del mercado o del gran agronegocio. Defendemos un modelo de agricultura ligado a

nuestras necesidades alimentarias y a nuestro medio ambiente, no es la defensa de un corporativismo agrarista sino la defensa de un papel de la agricultura en la sociedad”. Según Nicholson, las políticas del Banco Mundial están destruyendo esta cultura campesina, cancelando la posibilidad de acceder a los recursos fundamentales como el agua, la tierra y las semillas: “para el BM la tierra es una mercadería como cualquier otra. Puede haber sectores que planteen que cabe una negociación con el Banco Mundial, nosotros pensamos que no, porque el BM es el instrumento principal de liberalización y su objetivo no es una redistribución justa y equitativa sino privatizar y concentrar la tierra. Pensar que el BM va a cambiar porque hacemos lobby es hacernos bolas, eso es imposible”.

El programa principal que sigue el Banco Mundial es el arrendamiento de tierras, que resulta muy perjudicial para la organización campesina. Consta de un préstamo para que los campesinos arrienden sus tierras, lo que causa un aumento de las rentas que al final favorece a los grandes terratenientes. El Banco Mundial también ha impulsado las asociaciones productivas, que prestan dinero a los campesinos con tierra, a condición de que



se pongan al servicio de una gran empresa. Así, los campesinos se convierten en trabajadores dependientes, pero sin derechos laborales.

“Cuando uno no tiene comida, baila al ritmo del que se la da”, afirmó Héctor Mondragón, asesor de la Convergencia Campesina Negra Indígena de Colombia. Aquí se trata de la lucha por una tierra que no sea alienable, que esté fuera del comercio de las transnacionales y latifundistas. “Hay necesidad de tierras donde las comunidades se puedan establecer sin extorsiones”, concluyó el colombiano.

La “reforma agraria desde abajo”, impulsada por el Movimiento de los Trabajadores Sin Tierra del Brasil resaltó en el marco de “una tendencia global hacia el uso creciente de ocupaciones de tierras ociosas, como herramienta para asentar a los sin tierra y presionar a los gobiernos para que cumplan con una verdadera reforma agraria. Queda muy claro que las ocupaciones de tierra irán en aumento por parte de los movimientos rurales alrededor del mundo, y una tarea clave es construir la solidaridad con estas ocupaciones”.

“En el Foro hubo un consenso absoluto de que el BM debe salirse de todo lo que es política de tierras y desarrollo rural, porque su lógica de privatización va

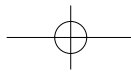
en contra de lo que es necesario para hacer la reforma agraria”, dijo el estadounidense Peter Rosset, del Land Research Action Network (LRAN) e investigador del Centro de Estudios para el Cambio en el Campo Mexicano (Ceccam).

Según Rosset, ante el descontento, la presión y las luchas de los campesinos, el Banco Mundial está utilizando la retórica de la reforma agraria para intensificar la mercantilización de las tierras. “El BM ha impulsado políticas para privatizar las tierras públicas, y para dividir las propiedades comunales en pequeñas parcelas, con títulos indi-

viduales de propiedad que pueden ser vendidos. La consecuencia de poner a merced de las fuerzas del mercado el acceso a la tierra de la gente pobre e indígena, generalmente ha sido desastroso; ha provocado ventas masivas desesperadas por parte de los pobres, nuevas oleadas de concentración de la tierra para la gente rica, y una más profunda miseria para la mayoría rural.

“El Banco Mundial también ha impulsado una estrategia de *banco de tierras* en varios países, que inducen a los muy pobres a contratar préstamos con altas tasas de interés, para comprar la tierra de mala calidad que los propietarios ricos desean vender, a precios supuestamente del mercado, que son a menudo mucho mayores al valor verdadero. Esto equivale a regalar fondos fiscales a los propietarios ricos, a cambio de tierras sin valor, y de baja fertilidad. El peso de las deudas que las familias supuestamente beneficiarias tienen que asumir es imposible de superar en la mayoría de los casos, dada la escasa productividad de la tierra adquirida; y el costo de este tipo de reforma agraria es tan prohibitivo —puesto que la existencia misma del programa causa la inflación de los precios de la tierra— que en cualquier caso, no es práctico.

“El Banco Mundial intenta despolitizar el tema de la tierra, desplazando la reforma agraria del ámbito de la política hacia el ámbito del mercado, a la vez que intenta socavar el apoyo para los movimientos más exitosos. Lo trágico es que la dimensión de la privación de tierras es tan grande, que únicamente una solución desde el ámbito de las políticas y de la acción política puede responder a su magnitud, mientras que los enfoques basados en el mercado, en el mejor de los casos, apenas topan los márgenes del problema. Al socavar la lucha política por la reforma agraria verdadera, el Banco Mundial la hace algo cada vez más difícil de alcanzar”.



Geografía del neoliberalismo

La población rural de todo el mundo es de 3 mil doscientos millones de personas. Actualmente, hay 840 millones de personas que padecen hambre crónica. Entre 1990 y 1997 la producción *per cápita* de alimentos creció casi un 25 por ciento. Entre 1995 y 2001, el número de personas subnutridas en el mundo aumentó en 18 millones. El hambre crece ahora más rápido que antes. Cada año se agregan otros cinco millones más de personas crónicamente hambrientas. Uno de cada cinco seres humanos (es decir: mil doscientos millones de personas) viven en la más extrema pobreza. Tres de cada cuatro de los más pobres, son campesinos; pero sólo les pertenece el 1 por ciento de la propiedad de la tierra. Siete de cada diez de las personas más pobres del mundo son mujeres. La población rural de Europa asciende, actualmente, a poco más de 190 millones de personas. Cada tres minutos desaparece una explotación agrícola en la Unión Europea.

Las cuidadoras de las semillas

Fragmentos de las palabras de Francisca Rodríguez ante el Foro Mundial de la Reforma Agraria. Francisca es dirigente de una organización de mujeres indígenas y asalariadas de Chile y participante de Vía Campesina.

“Se hizo una dura constatación de la situación de discriminación y postergación en que se encontraban las que fueran, desde la historia, las descubridoras y cuidadoras de las semillas, transmisoras de los valores y culturas de las comunidades y, por ende, las primeras agricultoras, manteniéndose impedidas de acceder a la tierra, de administrar su herencia o marginadas de los procesos de Reforma Agraria, o simplemente omitidas en su condición de agricultoras.

“Dura ha sido la acción del capital, pero la nuestra también y aunque ni las dictaduras, ni las políticas impuestas internacionalmente desde la OMC, el Banco Mundial, el FMI, ni todos estos años de represión ideológica, ni las muertes a través de guerras de baja o alta intensidad nos lograron callar, sin duda que hemos sido fuerte y violentamente impactados.

“En los últimos 25 años, la población campesina se ha reducido drásticamente y por primera vez en la historia de la humanidad, la población urbana está siendo mayor que la población rural. La tierra se ha reconcentrado año a año en antiguas y nuevas manos; junto al latifundio ha ingresado el capital internacional. Las familias campesinas expulsadas de la tierra aumentan minuto a minuto; no me estoy refiriendo aquí sólo a los procesos de migración, sino al cierre de las explotaciones familiares en los países industrializados, a la expulsión directa del campo ya sea por los procesos de contrarreforma agraria o por las guerras o por la instalación de las transnacionales en la agricultura y porque la producción de alimentos se ha convertido para las multinacionales en un negocio global. Todo esto ha hecho que vivir del campo sea muy difícil o prácticamente imposible. Una parte importante de los campesinos y campesinas del mundo hemos sido convertidos en mano de obra barata, desprotegida, migrante y explotada en extremo, especialmente las mujeres con graves problemas en nuestra salud física y mental, disolviendo los lazos familiares y comunitarios. Sin duda que esta mano de obra barata es la que sustenta el modelo exportador”.

“Igualmente de brutal ha sido la agresión a la tierra, los bosques y el agua, a la naturaleza en su conjunto. Los capitales transnacionales quieren hoy apoderarse del conjunto del planeta apropiándose de la biodiversidad, no para cuidarla, sino para expandir sus ganancias. Como pueblos de la tierra sabemos que si dejamos que todas estas fuerzas destructivas sigan avanzando, no tenemos futuro, no solamente nosotros, sino que la humanidad entera. Es necesario entonces que se nos entienda claramente: que cuando hablamos de Reforma Agraria, no hablamos solamente de tierra, sino de todo esto, de nuestros derechos a vivir en dignidad y con satisfacción plena de nuestras necesidades. Por eso, también es importante tener claro que cuando hablamos de Soberanía Alimentaria estamos hablando de estos derechos arrebatados, como los de decidir el cómo alimentarnos, qué y cómo producir, cómo compartimos e intercambiamos saberes, alimentos y semillas, por el bien de todos. Si abandonamos nuestras semillas, aun con tierra, agua y Reforma Agraria seguiríamos siendo el gran negocio de las transnacionales”.

★

